

continuar la relación de sus aventuras militares. Yo me apresuré á contestarle que era de su misma opinión, y alentado de esta manera D. Ruperto, comenzó una larga narración, que escuché sin interrumpirlo, sentado á su lado en el enmohecido cañón, á cuyo derredor las plantas enormes de hierbabuena silvestre entrelazaban sus ramas vigorosas, derramando penetrantes perfumes.



El Voladero



La ejecución de Hidalgo y de sus principales compañeros de armas, me dijo el capitán, termina lo que puede llamarse el primer período de la guerra de independencia. Desde aquel momento cambió la escena completamente: en lugar de masas indisciplinadas, llegaron á ocupar el teatro de la guerra algunas bandas bien organizadas, reducidas á límites más estrechos. Auxiliados por un corto número de soldados aguerridos, los movimientos de los nuevos jefes de la insurrección no fueron entorpecidos por poblaciones enteras. Cesaron de pillar los pueblos, de robar las cosechas; se respetaron los rebaños, dejaron que el comercio se desarrollase, y la causa de la emancipa-

ción, gracias á la prudente actitud de sus nuevos soldados, contó prontamente entre sus partidarios á los ricos agricultores, á los comerciantes y á los propietarios de las grandes haciendas. Esta organización militar de la insurrección fué el primer paso hacia la organización política. Se fundaron algunos periódicos para que circulasen entre la población mexicana las ideas liberales y los principios sociales que el siglo XVIII acababa de hacer triunfar en el antiguo mundo. Ésta fué una de las armas más formidables que minaron, desde que se armó la revolución en 1810, hasta la proclamación de la independencia, la dominación de los virreyes.

D. Ignacio Rayón personifica este segundo período de la insurrección, como el cura Hidalgo personificó el primero. Después de la prisión del cura en Baján, D. Ignacio Rayón tomó el mando de las bandas que habían quedado en el Saltillo, aumentadas con los hombres de la escolta de Hidalgo que pudieron escapar de los soldados de Elizondo. Aunque su educación, hecha en el colegio de San Ildefonso, lo hubiese preparado para el estudio de las leyes, más bien que para un papel militar, D. Ignacio se elevó prontamente á la altura de su nueva posición, y viéndose á la cabeza

de cuatro mil hombres, no vaciló en sostener la campaña con su reducido ejército. Su primera operación fué batirse en retirada hacia Zacatecas; para llegar á aquella ciudad, era preciso caminar ciento cincuenta leguas por un país árido y escaso de agua, y atravesando poblaciones enemigas. Era preciso, en seguida, apoderarse de Zacatecas y transformar aquella plaza importante en un centro militar para la insurrección. Esta grande empresa, que fué conducida con valor y mucha inteligencia por el general Rayón, aun hoy se cuenta entre las mejores acciones de su carrera militar y de la guerra de independencia.

Yo me hallaba en el número de aquellos partidarios leales que siguieron al general Rayón en su larga y penosa marcha del Saltillo á Zacatecas. Después de haber asistido, como usted sabe, á las principales escenas del drama tan tristemente desenlazado en Baján, me dirigí al Saltillo, en donde encontré al general Rayón, dispuesto á comenzar su movimiento de retirada. Nos pusimos en marcha cinco días después de haber sido aprehendidos Hidalgo y sus compañeros. Apenas abandonamos el Saltillo, cuando fué preciso comenzar las escaramuzas con las guerrillas españolas. Por espacio de cuatro días, tuvimos que sostener muchos

combates, que no nos dejaban reposar un solo instante. Habiendo llegado al fin á Paso de Piñones, fuimos detenidos por la división del general Ochoa. Nuestras tropas, fatigadas por cuatro días de camino, habrían sucumbido ante la impetuosa carga del enemigo, si no hubiese llegado uno de nuestros jefes, el general Torres. Fué tal la impetuosidad del ataque, que los españoles sucumbieron á su turno, dejando con nuestros bagajes y cañones, de que se habían apoderado, trescientos de los suyos en el campo de batalla. Desgraciadamente, nuestros cántaros y barriles fueron desfondados en la pelea, y téniamos que andar todavía más de cien leguas, atravesando desiertos en que no había una sola fuente ó riachuelo. Conducíamos á la retaguardia del ejército una considerable multitud de mujeres. Cada uno de nosotros, súbitamente improvisado soldado, había conducido la suya. No puede usted formarse una idea de los atroces tormentos que nos hizo sufrir la sed durante aquella larga y penosa marcha, entre un cielo que jamás cubría una nube, y una tierra árida que no refrescaba ni aun el rocío de la noche.

Los crueles efectos de la falta de agua no sólo se extendían á los hombres y á los animales, sino que

inutilizaba nuestras armas las más formidables. Apenas nuestras piezas de artillería habían disparado una ó dos veces, cuando calentadas por un sol ardiente, quedaban fuera de servicio. En este estado de debilidad y de ruina, era preciso, sin embargo, sostener incésantemente luchas encarnizadas contra las tropas españolas. Felizmente, la energía moral de nuestro ejército no había sufrido detrimento alguno; nuestras mujeres nos daban el ejemplo del valor, y los veteranos de la independencia nunca olvidarán el nombre de una de ellas, la Guanajuateña, la compañera del soldado estropeado que encontramos esta mañana. No sé cómo haré comprender á usted el expediente original que imaginó la Guanajuateña un día de tribulación, en que faltaba el agua á nuestros artilleros, para refrescar sus cañones incandescentes. Bástale saber á usted que la Guanajuateña, secundada por sus compañeras, salvó aquel día á nuestro ejército de un mal encuentro, y que gracias á su inspiración feliz, sino heroica, nuestras baterías, provistas de agua, apagaron en un momento los fuegos de los cañones enemigos. También la Guanajuateña fué la que, pocos días después, para engañar á los españoles, respecto al corto número de nuestros soldados, sugirió la idea de desplegar en batalla á todas las compañeras, con

una pieza de artillería al frente de aquel batallón con *enaguas*. El enemigo, engañado por tal estratagema, nos dejó tomar sin inquietarnos una posición ventajosa que dominaba Zacatecas.

Gloriosos hechos de armas iban á interrumpir aquella serie de escaramuzas y á indemnizarnos de los insignificantes combates que habían ocupado los primeros días de nuestra retirada. Después de la acción, en que el singular expediente de la Guanajuateña había asegurado la victoria á nuestras armas, hicimos alto en un lugar llamado *Las Animas*. Aquel día, ofrecía nuestro campo un triste espectáculo. Muertos de sed y de fatiga, nos hallábamos acostados en un terreno cubierto con cadáveres de nuestros caballos y mulas de carga. Reinaba por todas partes un lúgubre silencio, interrumpido de cuando en cuando por los quejidos de los heridos, que en medio de los tormentos de la sed solicitaban una gota de agua para refrescar sus bocas, inflamadas por la fiebre. Algunos soldados circulaban como espectros por entre aquellos cuerpos, moribundos unos, otros ya inanimados. Los centinelas casi no tenían fuerzas para sostener sus mosquetes, durante su cuarto, alrededor del campo. Yo mismo me encontraba aniquilado, y para aplacar la sed había

pegado mis labios al puño de la espada. Á poca distancia del lugar en que yo me encontraba, la mujer á quien Albino Conde había confiado á su hijo, y que yo había admitido á mi servicio para ejecutar la última voluntad de mi antiguo camarada, rezaba llorando el rosario, y pedía á todos los santos del cielo que nos deparasen alguna nube preñada de agua. Los santos, desgraciadamente, no estaban aquel día de humor de escucharnos, porque el sol espléndido continuaba su carrera en un cielo implacablemente limpio y sereno. Yo pedía á Dios que algunos merodeadores de mi tropa, que habían marchado en busca de alguna fuente oculta, tuviesen un feliz resultado en su expedición, y sobre todo, que no olvidasen á su capitán. Dios escuchó mis oraciones, porque á pocos momentos ví avanzar, á pasos de lobo, á uno de nuestros merodeadores, que volvía del campo. Era el hombre que le enseñé á usted, el compañero de la Guanajuateña. En aquella época, aun no cambiaba su nombre de Valdivia por el de Cu-reño, ni se hallaba tan espantosamente estropeado como lo ha visto usted hoy; el tronco de un pino, no era ni más derecho ni más robusto que su cuerpo. Usted ha podido juzgar de su fuerza hercúlea, y por lo mismo no le hablaré á usted de ella; me limitaré á

decirle que la inteligencia y el valor se hallaban en armonía con su vigor físico. En cualquiera circunstancia, por crítica que fuese, Valdivia sabía siempre salir del mal paso.

— Señor capitán, me dijo, avanzando misteriosamente hacia el punto en que me encontraba envuelto en una capa de un dragón español, que había recogido en un campo de batalla; traigo un cántaro con algunas gotas de agua, para usted, para el niño y para su nodriza; pero desearía que nadie nos viese.

— ¡Agua! exclamé demasiado conmovido en aquel momento, para conformarme á las prudentes prescripciones de Valdivia.

— ¡Silencio! dijo: si quiere usted creerme, será conveniente que espere para beber á que haya entrado la noche, y cuando haya usted apagado su sed, yo le diré en donde hay agua en abundancia, y le haré una proposición que le convendrá.

Yo alargué la mano con avidez para tomar el cántaro.

— Démelo usted, por Dios, le dije: la sed me consume, y me es imposible aguardar hasta la noche.

— Dentro de diez minutos habrá desaparecido la luz; y por nuestro propio interés voy á esconder el

cántaro: no quiero que los soldados furiosos traten de matar á usted por quitárselo. Entretanto mande usted ensillar su caballo, y esperaré á usted debajo de aquel *mezquite*, en donde está ensillado el mío. Tendremos necesidad de montar al momento; nos quedan cosa de cien hombres; deles usted orden de que nos aguarden en el llano. Diremos á los centinelas que vamos á buscar agua, y nos dejarán pasar sin dar la voz de alarma.

Valdivia se alejó, á pesar de mis súplicas, llevándose el cántaro. Yo me apresuré á ejecutar sus recomendaciones, y á la entrada de la noche, nuestros soldados, dispuestos á marchar, nos esperaban en el lugar convenido. Tomé mi caballo por la brida, conduje á la mujer y al niño, y nos reunimos con Valdivia. En lugar de las gotas de agua que me había prometido, me dió un cántaro lleno. Fué necesario que hiciese yo un esfuerzo sobre mí mismo, para no consumir el contenido del cántaro, y satisficiese la sed que me devoraba; dejé, sin embargo, una cantidad suficiente para la mujer y para Albino, y cuando el cántaro quedó vacío:

— Veamos, dije á Valdivia: ¿qué es lo que va usted á proponerme?

— Que vayamos, contestó, á tomar con nuestros cien hombres una hacienda que está á dos leguas de aquí, en donde hay agua en abundancia, y que sólo está defendida por un destacamento español.

— ¡Partamos! exclamé; pero si es cierto lo que usted dice, ¿por qué no advertimos al general y le pedimos mil hombres?

— ¿Por qué? me respondió Valdivia: porque el general no es dueño de sus tropas, y cualquiera orden que diese en este momento, apresuraría la explosión de un complot que debe entregar el ejército á los españoles. Sí, señor capitán, si no tomamos al momento la hacienda de San Eustaquio, en la que he podido penetrar solo y llenar este cántaro, mañana el general Rayón no tendrá un solo soldado. Hay un traidor entre nosotros: ese traidor es el general Ponce.

Apenas concluyó de hablar Valdivia, cuando se oyó un gran tumulto en una de las extremidades del campo, que fué aumentando gradualmente. Se veían muchos hombres con antorchas ir y venir por todas partes, iluminando diversos grupos de soldados, cuyos gritos llegaban hasta nuestros oídos. Á la luz de las teas, vimos al general Rayón abandonar su tienda, y avanzar solo, con la cabeza descubierta, al encuentro de los

más furiosos; pero su voz, que ordinariamente era respetada, en aquel momento parecía desconocida.

— Me equivoqué en un día, me dijo Valdivia; sin embargo, el general sujetará á los descontentos hasta que salga el sol; partamos sin pérdida de tiempo; es preciso que esta noche podamos volver á anunciar al general que sus tropas tendrán agua mañana.

El tumulto continuaba, aunque no tan fuerte como al principio, y la voz del general, que llegaba hasta nuestros oídos, dominaba más y más la voz de los soldados amotinados. Monté á caballo, y Valdivia hizo otro tanto.

— En primer lugar, me dijo, es preciso que le traiga yo á usted un centinela enemigo del que fué necesario apoderarme.

Y sin tomarse el trabajo de explicarme aquellas palabras enigmáticas, Valdivia se alejó; pero no tardó mucho tiempo en volver, conduciendo entre sus brazos una masa negra y movable. Cuando estuvo á mi lado, reconocí que aquella masa era un hombre, vestido con el traje de lancero español. Valdivia colocó al hombre en el suelo, desató las cuerdas que lo ligaban, y lo hizo montar en las ancas de mi caballo. Mi robusto compañero había creído que el medio más se-

guro de llegar hasta el pozo de la hacienda, era agarrar al centinela colocado cerca de la cisterna, y traerlo como un guía necesario en nuestra excursión nocturna. Como había llevado á cabo aquella atrevida empresa, y cómo había cogido y atado en el caballo al lancero español, no era necesario que me lo dijese Valdivia, porque sus brazos nerviosos explicaban más que cuanto sus palabras hubieran podido agregar. Durante la corta ausencia de Valdivia, se había restablecido la calma en el campamento, y así es que podíamos continuar valerosamente la empresa, tan felizmente comenzada. Caminamos, pues, sin descanso, hasta reunirnos con los soldados, que nos esperaban en el llano, y á la cabeza de aquella pequeña fuerza, cabalgamos hacia la hacienda, espoleando á nuestros cansados animales.

Durante el tránsito, interrogamos al prisionero sobre la situación y fuerza de la guarnición española que ocupaba la hacienda de San Eustaquio. Dicha guarnición se componía, nos dijo el lancero, de quinientos hombres, poco más ó menos, á las órdenes del comandante Larráinzar, hombre orgulloso, brutal y aborrecido por todos sus soldados. También obtuvimos otros informes sobre la posición de las tropas, y sobre los puntos que estaban mal defendidos.

No sin grandes dificultades pudimos recorrer por unos caminos espantosos y con caballos fatigados, las dos ó tres leguas que separaban la hacienda de nuestro campamento. Va usted á comprender por qué era el camino tan difícil. No lejos de la ciudad de Zacatecas, de la que el general Rayón trataba de apoderarse, no obstante hallarse ocupada por el enemigo, la Sierra-Madre se divide en dos ramales. El primero, que es el en que ahora nos encontramos, se dirige de Norte á Sur, paralelamente á las playas del océano Pacífico; el otro, corre de Norte á Este, siguiendo la curva del golfo de México. En uno de los puntos más elevados de esta última ramificación, se hallaba la hacienda de que queríamos apoderarnos. Ocupa la extremidad de una de las mesetas de la cordillera.

Habiendo llegado á la hacienda sin ser observados, gracias á la obscuridad de la noche, hicimos alto bajo unos árboles elevados, á poca distancia del edificio, y yo me separé de mi tropa, con el fin de verificar un reconocimiento. La hacienda, según pude verla, deslizándose entre los árboles, formaba un gran paralelogramo macizo, sostenido por enormes pilares de cantería, teniendo sólo por la parte que veía á la sierra algunas ventanas, ó más bien claraboyas, cerradas

con gruesas barras de hierro. Una pared alta, ancha y almenada, que cubría uno de los lados de aquel paralelogramo, contenía el patio, las caballerizas, la cochera y las trojes. La guarnición española se hallaba alojada y formaba su campo en aquel patio. En el ángulo de la hacienda opuesto al en que me encontraba, sobresalía del techo un campanario cuadrado de tres cuerpos, que indicaba el lugar de la capilla. En cuanto á la parte posterior de la hacienda, estaba mejor protegida que los lados, por un abismo sin fondo, á cuyo borde las paredes de la hacienda se unían á una muralla tallada á pico por la naturaleza en un grupo de rocas, cuya base se buscaba en vano, por más que la vista penetrase en el abismo, porque unos vapores azulados que subían sin cesar del fondo del precipicio, no permitían medir su profundidad. Aquel lugar se conocía en el país con el nombre del *Voladero*.

* * *

Había yo explorado todos los alrededores del edificio, menos aquella parte; no sé qué punto de honor militar me arrastró á continuar mi ronda, siguiendo la orilla del precipicio que protegía la parte posterior de la hacienda. Entre los muros y el abismo, había un

sendero de cosa de seis pies de ancho; de día, el tránsito no hubiera sido peligroso, pero de noche era una empresa arriesgada. Las paredes eran muy elevadas, y ocupaban una extensión considerable; la vereda seguía en la propia dirección, y marchar por ella hasta donde terminaba, rodeado de tinieblas y á dos pasos de un precipicio, abierto á pico, no era cosa fácil, ni aun para un jinete tan hábil como yo. Sin embargo, no vacilé, y arremetí valerosamente á caballo entre las paredes de la finca y el precipicio del *Voladero*.

Había andado sin obstáculo la mitad del camino, cuando repentinamente relinchó un caballo. Su relincho me hizo estremecer á pesar mío: había llegado á un piso adonde el terreno tenía justamente el ancho necesario para las cuatro patas del animal; era imposible retroceder.

— ¡Hola! grité con todas mis fuerzas, á riesgo de descubrirme, lo que era menos peligroso que encontrar á otro jinete enfrente de mí en aquel camino; si hay algún cristiano que siga el borde del abismo, ¡que no avance!

Era demasiado tarde: un hombre á caballo aparecía en aquel instante, saliendo de uno de los pilares que por todas partes cubrían aquel maldito camino; aquel

hombre marchaba á mi encuentro; yo vacilé en la silla, y un sudor frío cubrió mi frente.

— ¿No puede usted retroceder? ¡por el amor de Dios!... exclamé asustado, considerando la espantosa desgracia que á los dos nos amenazaba.

— ¡Imposible!... respondió el caballero con voz ronca.

En aquel instante encomendé mi alma á Dios. Dar media vuelta en aquel lugar tan reducido; volver por el camino que se había recorrido haciendo andar al caballo para atrás; echar pie á tierra, eran tres cosas imposibles, que colocaban á uno de nosotros dos enfrente de una muerte segura: de dos jinetes que ocupasen aquel sendero fatal, aun cuando uno de ellos hubiese sido el padre y el otro su hijo, era absolutamente preciso que uno fuese presa del abismo. Habían transcurrido algunos segundos, y habíamos llegado uno frente á otro; las cabezas de los dos caballos se tocaban así como sus narices, por las que resollaban fuertemente por efecto del terror. Ambos jinetes hicimos alto en medio de un triste silencio. Por un lado se eleva liso, pulido y cortado á pico, aquel muro de la hacienda; por el lado opuesto, á tres pies de distancia de esta muralla, abría su boca el espantoso

abismo. ¿El individuo que se hallaba ante mi vista, era acaso algún enemigo? El amor de la patria, que hervía en aquella época en mi corazón, hizo nacer esta esperanza.

— ¿Está usted por *México y los insurgentes*?... exclamé en un momento de exaltación, dispuesto á arrojarme sobre el desconocido, si respondía negativamente.

— *Por México y por los insurgentes*, contestó el caballero; soy el coronel Garduño.

— Y yo el capitán Castaños.

Hacia mucho tiempo que nos conocíamos, y si no hubiese sido por lo turbadas que se hallaban en aquel momento nuestras potencias, no habría sido necesario decirnos nuestros nombres. El coronel había marchado, hacía dos días, á la cabeza de un destacamento que creíamos que habían destruído ó hecho prisionero, porque no había vuelto al campamento.

— Pues bien, coronel, le dije, siento mucho que no sea usted español, porque ya comprenderá que es preciso que uno de nosotros ceda el paso al otro.

Nuestros caballos tenían las riendas sobre el pesuezo, así es que eché mano á mis pistolerías para sacar mis pistolas.

— Ya lo sé, contestó el coronel con admirable serenidad, y ya habría atravesado la cabeza del caballo de usted, si no hubiese temido que espantándose el mío, me precipitase al mismo tiempo que á usted al fondo del abismo.

Observé, en efecto, que el coronel tenía sus pistolas en las manos. Los dos guardamos por unos instantes el más profundo silencio. Nuestros caballos comprendían como nosotros el peligro, y permanecían inmóviles, como si sus pies estuviesen clavados en el suelo. Mi exaltación había cesado completamente.

— ¿Qué haremos? pregunté al coronel.

— Que decida la suerte quién de los dos se ha de precipitar en el abismo.

Era, en efecto, la única manera de resolver la dificultad.

— Será preciso tomar algunas precauciones, añadió el coronel. Al que condene la suerte, se retirará como le sea posible. Es una esperanza muy remota la que le queda; pero, en fin, lo es, y sobre todo, este medio es favorable para el que gane.

— ¿No ama usted la vida? le pregunté, asombrado de la serenidad con que me hacía aquella proposición.

— Amo la vida más que usted, respondió con aspereza el coronel, porque necesito vengar un mortal ultraje; pero el tiempo corre. ¿Quiere usted proceder á la celebración de la última lotería, á que uno de nosotros debe asistir?

¿Y cómo había yo de proceder?... Ibamos á rifar nuestra vida al dedo mojado, como los niños, ó á cara ó armas como los estudiantes. Ambas cosas eran impracticables. Una mano imprudentemente alargada sobre la cabeza de los caballos, podía causar un movimiento fatal á uno de nosotros. ¿Arrojar al aire una moneda? La noche era demasiado oscura para distinguir el lado que descubriera al caer. Al coronel le ocurrió un expediente, en el cual no pensaba yo.

— Escuche usted, capitán, me dijo el coronel, á quien había dado parte de mis dudas: tengo otro medio. El terror que domina á nuestros caballos les arranca de cuando en cuando un resoplido fuerte. El primero de nosotros cuyo caballo resuelle con fuerza...

— ¿Ganará? exclamé.

— No, perderá. Sé que es usted *campirano*, y ustedes pueden hacer de sus caballos lo que quieren. Yo, que el año pasado portaba la capa de estudiante en teología, desconfío de la habilidad ecuestre de usted.

Podría hacer que relinchase su caballo; en cuanto á impedir que lo haga, es imposible para usted.

Esperábamos en un silencio lleno de ansiedad el resuello de uno de nuestros dos caballos. Este silencio duró un minuto, ¡un siglo! El que primero relinchó fué mi caballo. El coronel no manifestó su alegría con movimiento alguno; pero sin duda daba gracias á Dios desde lo más profundo de su corazón.

— ¿Me concede usted un minuto para encomendar mi alma á Dios? dije al coronel con tristeza.

— ¿Le bastan á usted cinco minutos?

— Sí, le respondí.

El coronel sacó su reloj. Dirigí al cielo, cubierto de estrellas, que creía contemplar por última vez, una ardiente y corta oración.

— Ya, dijo el coronel.

No respondí una sola palabra; con mano poco segura recogí las riendas, que reuní entre mis dedos, agitados por un temblor nervioso.

— Un minuto más, dije al coronel, porque necesito mucha serenidad para ejecutar la espantosa maniobra que voy á comenzar.

— Concedido, contestó Garduño.

Mi educación, como he dicho á usted, la había re-

cibido en el campo. Mi infancia y una parte de mi juventud, las había pasado á caballo; y por lo mismo, puedo decir, sin que se entienda que es excesivo amor propio, que si había alguno en el mundo capaz de verificar aquella proeza ecuestre, era yo. Hice un esfuerzo casi sobrenatural, y llegué á robar toda mi sangre fría en presencia de la muerte. La había yo desafiado repetidas veces, para que me espantase por más tiempo. Desde aquel momento, nació en mi corazón la esperanza.

Cuando mi caballo sintió por primera vez, desde el momento en que había encontrado al coronel, que el freno sujetaba su boca, observé que se estremeció. Me afirmé vigorosamente en los estribos para hacer comprender al animal espantado que su amo no temblaba. Lo sostuve con la brida y con las piernas, como debe hacerlo un jinete en un paso peligroso, y con las riendas, el cuerpo y las espuelas, logré hacerlo retroceder algunos pasos. Ya su cabeza se encontraba á una distancia regular de la del caballo que montaba el coronel, que me alentaba con su voz. Hecho esto, dejé que descansase un poco el pobre animal, que me obedecía á pesar de su terror, y en seguida continué la operación. Repentinamente, sentí que se le iban las patas

traseras; me estremecí horriblemente, cerré los ojos como si fuese á rodar por el abismo, y dí á mi cuerpo un violento impulso hacia el lado en que estaban los muros de la hacienda, cuya superficie no me ofrecía ni una piedra, ni una hierba para evitar la caída. Este brusco movimiento, unido á un esfuerzo desesperado que hizo el caballo, me salvó la vida. Se había afirmado en sus cuatro patas, que temblaban, sin embargo de los esfuerzos que hacía por mantenerse quieto.

Afortunadamente, había yo llegado á un lugar más espacioso entre la orilla del precipicio y las paredes de la finca. Algunas pulgadas más de terreno me habrían permitido dar media vuelta; pero procurarlo, hubiera sido exponerse á un peligro mortal, y por lo mismo no lo intenté. Quise continuar la marcha para atrás; dos veces el caballo se encabritó, volviendo á caer en el propio lugar. Por más que lo excitaba con la voz, con la brida y con las espuelas, el animal rehusó obstinadamente dar un paso más. Comprendí que me faltaba el valor, porque no quería morir. Como un rayo de luz se ofreció repentinamente á mi imaginación la última idea de salvación, y resolví ejecutarla. En el atadero de mis botas de campaña, y al alcance de mi mano, había colocado un puñal, agudo y filoso; al

momento lo desenvainé. Con la mano izquierda, comencé á acariciar la crin de mi caballo, hablándole al mismo tiempo para que reconociese mi voz. El pobre animal respondió á mis caricias con un relincho, parecido á una queja; en seguida, para no sorprenderlo, mi mano siguió poco á poco la curva de su cuello nervioso, y la detuve, en fin, en el lugar en donde la última vértebra se une al cráneo. El caballo se estremeció; mas logré calmarlo con la voz; cuando sentí debajo de mis dedos palpar (si se me permite decirlo) la vida en el cerebro, me incliné hacia el lado de la pared, saqué suavemente los pies de los estribos, é introduje con fuerza la hoja aguda de mi puñal en el lugar donde se encuentra el principio vital.

El animal cayó como si hubiese sido herido por un rayo, sin hacer el menor movimiento, y yo, con las rodillas casi á la altura de la barba, me encontré montado en un cadáver. Me había salvado; arrojé un grito de triunfo, al que contestó otro grito del coronel, que el abismo repitió mugiendo, como si hubiese comprendido que se le escapaba su presa. Abandoné la silla, y me senté entre la pared y el cuerpo de mi caballo; y allí, apoyado en uno de los pilares, empujé vigorosamente con las dos piernas el cadáver del pobre ani-

mal, que rodó al abismo. Me levanté, atravesé con unos cuantos brincos toda la distancia que me separaba del lugar en que estaba al principio en el llano, y bajo la irresistible reacción del terror, que había comprimido por tanto tiempo, caí desmayado en el suelo. Cuando abrí los ojos, se hallaba á mi lado el coronel.



La Hacienda de San Eustaquio



Después de haberme felicitado por mi destreza y mi serenidad, Garduño me preguntó por qué casualidad me hallaba solo á aquella hora avanzada de la noche cerca de un edificio en donde había una guarnición española. Le dí parte del proyecto que nos conducía á mis soldados y á mí.

— ¿Cuántos soldados tiene usted á sus órdenes?... me preguntó.

— Cien, poco más ó menos, resueltos á beber agua ó á morir.

Al oír esta contestación, ví que los ojos del oficial brillaban con una alegría casi feroz.